

PRECIOS

EN MADRID.—Tres meses, 9 rs.—Seis id., 16.—
Un año, 30.—PROVINCIAS.—Tres meses, 10 rs.—
Seis id., 18.—Un año, 34.—AMÉRICA.—Seis me-
ses, 38.—Un año, 70.—FILIPINAS.—Seis me-
ses, 60.—Un año, 100.
Anuncios á real y medio linea.

PRECIOS

EXTRANJERO.—Tres meses, 22 rs.—Seis id., 38.—
Un año, 74.—FRANCIA.—Pueden hacerse las
suscripciones enviando á esta Administracion el
importe en sellos franceses del correo.—Se sus-
cribe en la HABANA: Propaganda literaria, ca-
lle de O'Reilly, núm. 54.



NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.—DIRECCION Y ADMINISTRACION: Calle de las Huertas, número 40, cuarto bajo.—NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

COSAS DEL DIA

Aquí no sucede nada.
Todo marcha á las mil maravillas.
La Tertulia progresista está satisfecha del desgobernó
que nos destruye.
Los patriotas continúan repartiéndose bonitamente el
presupuesto.
Las arcas del Tesoro no tienen un cuarto.
Los maestros de escuela siguen muriéndose de ham-
bre con toda tranquilidad.
Los fondos públicos continúan en baja.
Las clases pasivas de provincias aún no han entrado

en el invierno, porque están cobrando las pagas de Se-
tiembre y Octubre.
El cupon de Enero se paga todo lo más despacio
posible.
El órden público se parece á las gentes de mal vivir,
en que siempre está amenazado.
Los periódicos ministeriales, dos por junto, porque
no contamos á los que no tienen suscritores, aseguran
que vivimos en el mejor de los mundos posibles.
Y esos dos apreciables diarios siguen diciendo que los
que no nos entusiasamos con la situación somos poco
ménos que unos pillos.
En una palabra, nos hallamos en plena España pro-
gresista.
En todas partes se habla de crisis.

Los ministeriales para negarla, y los no ministeriales
para asegurar que existe.
Unos dicen que el ministerio se reformará en sentido
conservador.
Otros aseguran que se formará un gabinete radical
puro.
Nosotros nos atrevemos á decir que no se organizará
un gobierno bueno.
Lo más probable es que siga la conciliación, porque
dados los elementos que constituyen la mayoría del Con-
greso, no parece posible otra cosa.
Para el caso probable de una derrota parlamentaria,
ya se designa á D. Salustiano, el del borregó, para susti-
tuir al duque de la Torre.
¿Un paisano presidente del Consejo de Ministros?

— 52 —

sido tan de vuestro gusto... Espero daros pronto una nueva lección... ¡Con un maestro como yo, dentro de poco llegareis á ser una notabilidad!

Al acabar de pronunciar estas palabras, se cuadró, colocó su mano izquierda sobre la cadera, arqueó el brazo derecho como si fuera á tirar de la espada; pero en vez de sacar á Orlanda se llevó la mano al sombrero, hizo un profundísimo y respetuoso saludo á Blanca, y pasando con rapidez por delante de Margarita, que en vano le quería retener, se dirigió hácia la puerta y bajó rápidamente la escalera, murmurando entre dientes su famosa canción:

*Mi paloma alzó su vuelo;
¿hácia dónde marchará?*

CAPITULO VI.

El enamorado.—Murmuraciones.

La barbería estaba llena de gente de todas las clases de la sociedad: estudiantes, pajes, poetas, bachilleres, aventureros y jóvenes de la córte se encontraban en ella; pues en aquellos tiempos se permitían los jóvenes de buen tono mezclarse con la clase más baja de la sociedad, ya para buscar nuevas sensaciones escuchando su picante lenguaje, ó ya para jugar alguna mala pasada á la gente con que se mezclaban.

La tienda del maestro Touquet era bastante grande, y estaba guarnecida de banquetas, lo cual no dejaba de ser un lujo en aquella época, en que ni en los espectáculos había costumbre de sentarse.

El barbero servía con prontitud á sus parroquianos, respondía á todos los que le hablaban, y valía, en fin, por diez peluqueros de hoy día. Su mano experimentada y ligera le había creado la reputación de uno de los primeros barberos de París, lo cual hacía que todo el mundo acudiera á su barbería para poder tener el gusto de decir acariciándose el bigote: *Me ha afeitado Touquet*. Aquellos que ya estaban servidos se solían quedar algunas veces largo rato charlando con las personas que esperaban les llegara su vez, y contándose mutuamente las novedades del día y las aventuras de la pasada noche. A las diez de la mañana era cuando se veía más gente en la tienda de M. Touquet.

— 49 —

—¿Qué lástima que yo no sepa el italiano!...
—¿Cómo! ¿El italiano para decir

A su nido volverá?

—¡Callaos!... ¡Callaos!... ¡Ahora cantan en francés!... dijo Blanca aproximándose más á los vidrios de su ventana, y haciendo señas á Chaudoreille con la mano para que se callara.

—¿Qué decís? exclamó el maestro de arpa, levantándose sorprendido. ¿Que me calle?... ¿Quizás os impresiona demasiado?... Llévase el diablo á todos los músicos ambulantes, que son los que os impiden que me oigais.... No sé cómo me contengo para no bajar y apalearlos ante vuestros ojos.

—¡Si yo me atreviera á abrir mi ventana!... dijo Blanca suspirando; ¡pero no! ¡M. Touquet me lo ha prohibido!... ¡Qué canción tan bonita!... ¡No se me olvidará!...

*El amor es á la vida
lo que á la tierra es el sol.*

—Sí; este es el estribillo.
—No, encantadora Blanca; no es así, es de otra manera:

*Mi paloma alzó su vuelo;
¿hácia dónde marchará?*

Los músicos ambulantes se alejaron en aquel momento. Blanca se apartó de la ventana, y al volverse vió á Chaudoreille que alargaba el cuello para dar más expresión á su canto, no pudiendo contener una carejada al contemplar la estrambótica figura del caballero, el cual se quedó con la boca abierta, no sabiendo cómo debía tomar la risa de la joven.

En esto entró Margarita en la habitación.
—¡Al fin lo he quemado! exclamó la vieja al entrar.
—¿Pero qué habeis quemado? preguntó Chaudoreille.
—¿Me preguntais qué he quemado?... ¡He quemado un libro de sortilegios!... ¡Un libro de magia!... Bastante trabajo me ha costado el conseguirlo... ¡están esos libros tan acostumbrados al fuego!...
—¿Qué decís, Margarita? ¿teneis libros de magia?... vos que tembláis

A diamusquina me huele.
Porque eso sí, nosotros somos muy ilustrados y muy liberales y todo lo que se quiera, pero en no mandando un espadon cada uno sale por su lado y esto se convierte en merienda de negros.

Y el que lo dude no tiene más que recordar la historia. Dos ministerios de alguna duración ha tenido Doña Isabel II presididos por paisanos. El primero, el del conde San Luis, cayó en 1854 á consecuencia de una insurrección militar, y el de D. Luis Gonzalez Brabo nos trajo este berengenal, de que aún no se sabe cómo ni cuándo saldremos.

Nada ménos que diez y ocho provincias van á cambiar de gobernadores.

En España se hace un consumo extraordinario de estas autoridades.

Cada dos ó tres meses hay una contradanza.

Desde la gloriosa hemos perdido la cuenta de los que han ceñido el fajín verde y empuñado el baston con borlas.

Parece mentira que haya tantos españoles que sepan leer y escribir, porque se nos figura que ya que no otra cosa les exigirán al ménos que sepan eso.

Y ¡qué personal, caballeros, qué personal!

Dentro de pocos días van á soltar por esos mundos de Dios cada bando que arderá en un candil.

Ya nos estamos relamiendo de gusto al pensar en las alocuciones que nos esperan.

Porque la prensa de provincias no dejará de insertarlas.

Y habrá alguna que merezca los honores de copiarse en todos los periódicos.

Y se copiará.

¿A Vds. les parecía que en las elecciones había habido muchos gatuperios?

Pues nada, como quien dice, no ha habido nada.

Un periódico nos dá la noticia de que apenas habrá veinte actas que parezcan graves á la comisión encargada de examinarlas.

Puede que hayan sido más los muertos que las actas graves que ha producido la última campaña electoral.

Y ya verán Vds. cómo todas las ilegalidades las han cometido los picaros opositores.

Porque los ministeriales... ¿Cuándo se ha visto que un ministerial haga nada malo?

Los obreros de San Martín de Provensals se han declarado en huelga.

Y la cosa debe ser tan grave, que las autoridades de Barcelona han tenido que enviar tropas por lo que pueda tronar.

Sin duda les ha seducido el ejemplo de los operarios de los Sres. Batlló.

Probablemente en San Martín tendrán que cerrarse también algunas fábricas.

Es lo mejor.

Como nuestra industria anda tan lucida y el país está rico, lo que hay que hacer es que en cada población se cierre una fábrica, y así no moriremos de plétora de dinero.

¿Qué disposiciones tan felices tenemos los españoles para hacer disparates!

En diciendo que una cosa nos perjudica ya estamos todos rabiando por hacerla con la mayor perfección.

Y así estamos tan perfectamente arruinados.

Lo de Francia no va bien.

El día 2 se rompió el fuego contra los rebeldes de París y todavía no ha cesado.

Si todos los franceses hubieran empleado contra los prusianos el coraje que emplean en combatir unos contra otros, no le hubiera sido tan fácil á D. Guillermo vencerlos y aniquilarlos.

Pero no señor.

La maldita política lo ha dispuesto de otro modo.

Cuando se trataba de la patria todos han mirado impasible cómo la pisoteaba un enemigo extranjero.

Ahora que en resumidas cuentas se trata de quién ha de repartirse el presupuesto, todos pelean con encarnizamiento.

Lo hemos dicho muchas veces desde que comenzaron los desastres de esa desventurada nación.

Lo que ha faltado en Francia es patriotismo.

Desde la primera derrota del ejército frances, en vez de pensar en salvar la patria todos pensaron en hacer triunfar á su partido.

Los bonapartistas no se ocuparon más que del imperio.

Y los antibonapartistas sólo pensaron en derribarlo.

Por supuesto que nosotros debíamos escarmentar en cabeza ajena.

«Cuando la barba de tu vecino veas pelar, pon la tuya á remojar,» dice un adagio.

Aquí es verdad que por ahora no tenemos hulanos que nos amenacen.

Pero la bancarota y la anarquía llaman á nuestras puertas.

Y en cuanto á política tenemos la bastante para perder no solo á España, sino á todo el mundo.

Nuestros partidos son ciento y la madre.

Y el que más y el que ménos cuando vea la patria al borde del abismo es capaz de armar un escándalo por el modo de respetar los derechos individuales.

A propósito de los tales derechos.

Parece que algunos diputados quieren que se reforme la ley electoral, limitando el derecho de sufragio á los que sepan leer y escribir.

Nos parece perfectamente.

Pero si á los que no tengan esos conocimientos se les priva del derecho electoral, ¿qué se hará á los alcaldes que piden muy serios que se supriman las escuelas de primeras letras?

Habría que prohibirles comer pan de trigo, y aún nos parece poco.

UN ELEGANTE.

—Señorito.

—¿Qué hay?

—Aquí está el zapatero.

—¿Qué quiere?

—Dice que trae una cuenta.

—Dile que no estoy en casa.

—La portera le ha dicho que acababa V. de entrar.

—Di que me he puesto enfermo.

—Está muy bien.

—¿Otra vez aquí? ¿qué quieres?

—Es que ese hombre dice que necesita cobrar hoy mismo, que tiene que pagar la contribución y no tiene un cuarto.

siempre que ois hablar de hechiceros y encantadores queréis quizás entablar relaciones con los espíritus del otro mundo?...

—¿Dios me libre, señor Chaudoreille!... pero os voy á contar cómo ha venido ese libro á mis manos, en las que ha estado muy poco tiempo, porque me parecía que me quemaba los dedos... Mi amo se empeñó en que habia de cambiar de departamento porque dice... pero esto no hace al caso... En fin, tuve que abandonar mi habitación é irme á una en donde desde hace ocho años que estoy aquí nadie ha entrado en ella, y á juzgar por su abandono hacia muchos más que no se la habia visitado; además, es muy triste, muy oscura, y los cristales, que tienen dos pulgadas de polvo, apenas dejan penetrar un rayo de sol...

—¿Dios me perdone!... pero me parece que me vá á referir todas las telas de araña que ha encontrado... ¿No sois de mi mismo modo de pensar, hermosa discípula?

Blanca no respondió nada, porque no habia prestado atención á lo que habia dicho Margarita; sólo pensaba en retener el estribillo que tanto le gustaba, y el cual no cesaba de repetir por lo bajo.

Chaudoreille al verla tan distraída, no quiso interrumpirla, persuadido de que la jóven no habia podido resistir á los encantos de su romance.

—No se trata de arañas, dijo la vieja criada de bastante mal humor, ¡si yo no hubiera visto más que arañas!... Pero en el fondo de un armario he encontrado la señorita Blanca el libro mágico de un hechicero llamado Odoard; ¿habeis oído hablar alguna vez de ese hechicero?

—No, no lo he conocido... si me hablarais de algun hombre valiente, de seguro que le conocería; ¡pero de un hechicero!... ¡cómo diablos queréis que le conozca!... ¡esas gentes no se baten nunca!

—¡Oh! Sr. Chaudoreille, vos que sois tan valiente... si quisierais hacerme un favor...

—¿De qué se trata? dijo el caballero prestando más atención á las palabras de Margarita.

—Después de haber quemado el libro de ese Odoard, continuó la vieja, he echado agua bendita por todas partes.

—¿Y después?

—Después he visto en el fondo de la alcoba una puerta pequeña, cuya existencia apenas se puede sospechar... sin embargo, aunque vieja, tengo muy buenos ojos... y la he visto al aproximarme al lecho...

—Adelante, dijo Chaudoreille, en cuyos ojos se veía una inquietud que en vano queria disimular.

—Pues bien; no me he atrevido á abrir la puerta á que me refiero, la cual debe dar á otro gabinete... ¡si vierais qué oscura y qué triste es la alcoba!... En fin, os agradecería que subieseis conmigo, que abrierais la puerta y que entrarais el primero en la habitación á que debe dar paso... porque francamente, no me atrevo á decírselo á M. Touquet, porque se burlaría de mí...

—Y tendria mucha razon... ¡cómo! ¡Margarita!... ¡tener tan poco valor á vuestra edad!...

—¿Qué queréis? temo que en ese gabinete haya algun alma en pena ó alguna bruja que me salte á la cara al abrir esa puerta que hace tantos años que no se abre; porque nunca he visto á M. Touquet entrar en esa habitación.

—Y qué, ¿las brujas no pueden pasar por el agujero de una cerradura?.. Id, Margarita, sois una visionaria, y me avergüenzo de vuestro espíritu pusilánime...

—No me negareis que hay en París una infinidad de hechiceros, pues si no no hubieran establecido en el Arsenal un tribunal solamente para juzgarlos.

—Ciertamente, pero no sé qué motivos teneis para sospechar que los haya en esta casa.

—¡Ah! ¡señor Chaudoreille!... si yo os dijera todo lo que he visto y oído... por las noches siento algunos rumores...

—¿Qué es lo que has visto? dijo Blanca que acababa de oír las últimas palabras de la vieja.

—Nada... nada... señorita... Y Margarita añadió muy bajo dirigiéndose al caballero:

—Mi amo no quiere que hable de eso y se incomodaría muchísimo si supiera...

—¿Comprendo!... Con eso me basta, dijo Chaudoreille levantándose y cogiendo su sombrero; y puesto que Touquet os prohíbe que hableis de esas cosas, hacedme el favor de no marearme más con vuestras tonterías...

—¿Pero subireis conmigo para visitar ese gabinete?... ¿no es verdad?

—Lo siento, pero son las diez y debía ya estar en la Cité; no he recibido diez escudos por escuchar vuestros cuentos de vieja. Hasta la vista, hermosa discípula... estoy encantado con que mis últimas variaciones hayan

—¿No le has dicho que estoy enfermo?
—Si señor, pero no cede.
—Dile que me estoy muriendo.

—Señorito.
—¿Qué?
—V. dispense, pero dice el zapatero que antes de morir se le haga V. el favor de pagarle.
—Dile que me he muerto.

—Hola, Arturo.
—Felices, Fernando.
—Hombre, he venido á esta hora porque temia no encontrarte si venia más tarde.

—Ya sabes que entre nosotros no hay cumplidos, y puedes venir cuando quieras.
—Gracias. Pues chico, la verdad, yo vengo por aquel piquillo...

—¡Ah! sí... ¿qué hay de política?
—No sé nada. Me dijiste que me lo darías hace un mes...

—Cierto. ¿Piensas ir á los toros?
—No. Y si no lo necesitara no te hubiera dicho una palabra.

—¿Cuándo se casa tu primo?
—No lo sé. Pues, sí, chico, los tiempos están tan malos...

—¿Hay pocos pleitos?
—Pleitos no faltan, pero lo que escasea es el dinero...

—Los fondos están cada vez más bajos. Es lo que yo digo... Si el gobierno no emprende una marcha enérgica, la bancarota es inevitable.

—Para evitar la mia vengo á ver si me das esos dos mil reales.

—Sí, hombre. ¿Tienes cambio de un billete de cuatro mil?

—No.
—Hombre, lo siento.

—Puede ir tu criado... El Banco está cerca.

—Sí, pero mi criado es tan torpe que... Luego te enviaré el dinero á tu casa.

—Yo volveré por él.
—Si no te incomoda...

—Bien. Vendré mañana.
—Mejor es que vengas el mes que viene.

—Señor don Arturo.
—¡Hola, maestro! Me alegro de verle á V. por aquí.

—Sí señor, he formado la cuentecita...

—Y ¿cuánto le debo á V?
—Ocho mil reales.

—¿Nada más?
—Nada menos.

—No creí que fuera tan poco.
—Pues si no le viene á V. mal...

—No, hombre. De ningun modo. Hágame un pantalón y un carrik de verano.

—Bien.
—Y cuando me envíe V. esas prendas le pagaré todo.

—Corriente.
—¿No necesitará V. tomarme medida?

—No señor.
—Pues hasta la vista.
—A la órden de V., señor don Arturo.

—¡Diablo! Las cosas se van poniendo cada vez peor.

—Mi deuda sube tan rápidamente como la del Estado, y mis ingresos se hallan reducidos á las mezquinas cantidades que puede enviarme mi pobre madre. Esto no puede seguir así. Mi tío, que es hombre influyente, me ha ofrecido un destino con veinte mil reales. Pero ¿qué hago yo con eso? Al olor del sueldo acudirán todos mis ingleses y voy á estar peor que ahora. Además yo no puedo ser auxiliar de un ministerio. Si me nombraran siquiera ministro plenipotenciario... ó intendente de Cuba. Pero, nada... No tendré más remedio que casarme con una jamaica rica, si encuentro alguna, porque cada vez van estando más escasas.

—Señor don Arturo...

—Hola, don Lucas.

—Aquí traigo el pagaré que vence hoy.

—¿Caramba! No me acordaba...

—Pues sí... es día 24.
—Cierto. Pues el caso es...

—¿Qué?
—Que me coje V. sin dinero, y necesito una próroga...

—Mucho lo siento, porque los negocios andan tan mal...

—¿A quién se lo cuenta V.?
—Todos estamos apurados.

—Eso digo yo.
—Y si me lo hubiera V. dicho antes... porque ya sabe V. que el dinero no es mio.

—Hemos convenido en eso.
—En fin, si V. no puede pagar de ningun modo...

—Lo prorogaremos.
—Haremos uno nuevo hasta el 24 del mes que viene.

—Es lo mejor.
—Pondremos tres mil reales en lugar de los dos mil que éste representa.

—Justo, y el mes que viene recibirá V. ciento cincuenta duros por veinticinco que me prestó hace tres meses.

—Los negocios están muy malos.
—Ya lo veo.

—Señorito.
—¿Qué ocurre ahora?

—El cartero acaba de traer esta carta.
—¿De mi madre? Venga.

—¿Manda V. algo?
—Nada... Vete.

«Querido hijo mio: Las noticias que todos me dan de tí y lo que se desprende de tus cartas, me llenan de tristeza. Veo que no quieres tener juicio, que te has empeñado en sostener un lujo y llevar una vida que tus medios no te permiten, y en lugar de dedicarte á hacer algo y labrar tu porvenir sólo te ocupas en adquirir deudas y contraer compromisos á que no podrás responder en su día. ¿Quieres matar á tu pobre madre? Desde que enviudé no he tenido más que disgustos. Todos los soportaba con paciencia esperando que cuando tú fueras hombre encontraría alivio á mis penas. Ha sucedido todo lo contrario, hágase la voluntad de Dios. No puedo enviarte la cantidad que me pides, y sólo á fuerza de sacrificios he podido reunir los treinta duros que te remito en la adjunta letra. Adios, hijo mio, tu madre que te ama—María.»

—¿Treinta duros! Y ¿qué hago yo con esto? En fin los cobraré y al menos tendré para pagar en el casino los tres meses que debo, y veré si con lo que sobre doy un buen golpe en la ruleta.

—¿Les dará á nuestros lectores lástima de este jóven el día que vaya á presidio?
A nosotros tampoco.

MEMORIAS DE UN SOLDADO RASO.

(Continuacion.)

Los oficiales estaban desesperados y nos pegaban con los sables gritando desaforadamente: ¡Adelante! ¡viva la reina!

Pero es más fácil gritar adelante que adelantar, cuando á cada paso se vé caer á un compañero y espera uno que dé un momento á otro le toque una china.

De modo que, á pesar de nuestro buen deseo de obedecer y de los esfuerzos de nuestros jefes, todo lo que hicimos, y no es poco, fué permanecer inmóviles un momento.

El general Concha, que nos mandaba, comprendió que aquel era un instante decisivo. O hacíamos un esfuerzo y entrábamos en la calle de San Bernardo tomando la desembocadura de la del Pez, ó teníamos que emprender una retirada que fácilmente podía convertirse en fuga, porque una vez dado el primer paso atrás nadie sabe lo que puede suceder. Los más cobardes empiezan por apresurar la marcha, acabando por correr, y gracias que no tiren los fusiles, y los otros les imitan casi siempre porque no hay nada que se comunique más que el miedo. Así es que en los combates sucede lo siguiente: cuando se avanza todos siguen el impulso de los valientes, y cuando se retrocede toman el ejemplo de los más cobardes. Al decir todos, hablo de la mayor parte de los soldados, de los que se baten como yo, con el disgusto natural de un hombre á quien hacen arriesgar la existencia por lo que no le importa, pero con ese valor, hijo, ya que no del entusiasmo, del desco de cumplir con su deber, evitar el castigo y quedar honrosamente en todas las ocasiones de la vida. Con estos soldados se hacen las

grandes hazañas, siempre que los manda un jefe dispuesto para ello.

En ese caso nos hallábamos nosotros. El general Concha estaba resuelto á vencer ó morir, y poniéndose á nuestra cabeza nos mandó imperiosamente seguirle, y se arrojó á la posicion enemiga con un valor admirable.

Nosotros calamos bayoneta y le seguimos á la carrera. Aquello duró un momento en que yo apenas vi ni oí nada. Pero cuando volví de mi aturdimiento me encontré en la desembocadura de la calle del Pez, y sólo pude distinguir algunos artilleros y seis ó siete paisanos que huian en distintas direcciones perseguidos por nuestros disparos. Al mismo tiempo el general Serrano se habia ya hecho dueño de la calle de la Luna, y las dos columnas combinadas iban á emprender el ataque de la zona comprendida entre ambas calles.

A medida que avanzábamos, la resistencia iba siendo menor, sin que esto quiera decir que el enemigo cedia sin pelear; pues á cada momento caian muertos ó heridos oficiales y soldados de mi batallon, que aquel día pagó el pato, como se dice en los cuarteles.

No sería yo justo si no confesara que los generales se portaron en todas partes admirablemente y pelearon como soldados. Nosotros no hubiéramos tomado la calle del Pez sin el arrojo de Concha, y en otros puntos tampoco se hubiese vencido si otros generales no hicieran lo mismo. Muchos de ellos fueron gravemente heridos. Esto entusiasmaba á algunos de mis compañeros; á mí no dejaba de complacerme que aquellos personajes participaran del peligro; pero tambien pensaba que era muy justo que ya que para ellos habia de ser todo el fruto de la victoria, tambien les alcanzara algo en la reparticion de balazos.

Creo que esto es muy natural. Pero los pobres diablos á quienes la suerte hace cargar con el fusil, se acostumbran de tal modo á que todo lo malo sea para ellos, que no piensan así y creen que los generales hacen una gracia cuando exponen el pellejo, y por consiguiente los victorean y se entusiasman, como si eso no fuera cosa que hace todos los días el último fusilero. Además los generales tienen la ventaja de batirse bien comidos, mientras que los soldados suelen pelear en ayunas, como nos sucedió á nosotros aquel día, y terminado el combate les dan su rancho y un poco de vino del peor que se encuentra, y aquí paz y despues gloria.

En fin, así está el mundo y no soy quien lo ha de arreglar de otra manera.

Tomada la calle del Pez, pasamos por la de la Puebla, apoderándonos de la de Valverde, y yendo á salir á la de Fuencarral por la de San Onofre. Casi al mismo tiempo desembocaron en la misma calle las columnas que habian tomado las de la Luna y Jacometrezo, y otra que despues de apoderarse de la plazuela de San Ildefonso y calles inmediatas habia salido por la de Colon. De modo que uniéndose todas estas columnas con la que mandaba el general Pavía, que se habia hecho dueño despues de un reñido combate de la calle de Fuencarral, como en los barrios del centro no habia verdadera insurreccion, ésta se hallaba reducida á la parte del Sur de Madrid, y el gobierno dominaba completamente desde Chamberí hasta la línea que forma la Carrera de San Jerónimo con la Puerta del Sol y calle Mayor.

Era la una de la tarde y hacia un calor espantoso, pero la batalla podia darse por concluida.

Los barrios bajos no opusieron gran resistencia.

El general Hoyos tomó la plaza Mayor y atacó la calle de Toledo; mientras otras columnas se apoderaban de la plaza de Matute y calle de Atocha, dirigiéndose por la Concepcion Jerónima y calles de la Magdalena y Relatores á atacar la plaza del Progreso. Tomada esta á tiempo que Hoyos se habia apoderado de la plazuela de la Cebada, todo quedó concluido, y al anochecer sólo se oia alguno que otro disparo de algun desesperado que tenia gana de morir inútilmente.

Tal fué la célebre jornada del 22 de Junio, primer-hecho de armas en que yo tomé parte.

No he podido contar más que lo que vi y algunas cosas que oí contar á otros soldados de lo que ellos mismos habian visto y hecho. Tal vez habré cometido alguna inexactitud de detalle, pero en conjunto las cosas pasaron como las he referido. Un pobre soldado no tiene obligacion de saber más que lo que vea, y aun á veces no puede apreciar lo que sucede en su presencia.

Pasamos la noche en las calles, sentados en las aceras y medio muertos de cansancio.

Yo no cesaba de dar gracias á Dios por haberme librado de una bala.

No sé cuantos fueron los muertos y heridos de aquel

dia, pero puedo asegurar que vi morir á muchos infelices, y que las compañías sanitarias apenas bastaban para recoger los heridos. Hicimos más de 2.000 prisioneros, entre los cuales se encontraban casi todos los artilleros de los regimientos sublevados. Personaje importante no se cogió ninguno. Todos lograron esconderse y consiguieron escapar de Madrid á los pocos dias. Sólo la gente menuda sufrió todo el rigor de la ley.

Tan cierto es el refran que dice que la cuerda se rompe siempre por lo más delgado.

V.

He contado los sucesos del 22 de Junio.

No sé quién tenía razon en aquella contienda, pero sé que de una y otra parte hubo muchos muertos y no pocos heridos, algunos de los cuales quedarían inútiles, sin que unos ni otros supieran por qué peleaban.

Los artilleros salieron de su cuartel porque los sargentos les mandaron sublevarse, y nosotros les atacamos porque nuestros jefes nos obligaron á ello. Si las cosas hubieran sucedido al revés nosotros hubieramos sido los traidores y ellos los leales; y la verdad del caso es que todos éramos unos infelices, sin voluntad propia, sujetos por la ordenanza al capricho de nuestros superiores.

La noche de la batalla, Madrid presentaba un aspecto horroroso. No andaba nadie por la poblacion. Solo de vez en cuando se oía el rumor de los pasos de grandes patrullas de infantería y caballería. Los regimientos vivaqueaban en las calles y plazas, y los soldados tendidos en las aceras descansaban de las fatigas del dia. Todas las puertas estaban cerradas y los balcones iluminados. Pero aquella iluminacion, á pesar de ser la misma que se pone en las grandes festividades, léjos de alegrar entristecía. Parecia que aquellas luces no se habian encendido más que para que se viese mejor la soledad.

A poco de cesar el combate comenzaron á funcionar los consejos de guerra.

No se habia cogido á ningun jefe de los sublevados; pues aunque uno de los presos dijo que era brigadier, no tenia más real despacho que uno firmado por Carlos V, de modo que tenia tanto de brigadier como yo de obispo.

Pero los sargentos y soldados casi todos habian sido hechos prisioneros, y fueron los que pagaron por todos.

E. ZAMORA Y CABALLERO.

(Se continuará.)

CASCABELES

Continúa repartiéndose con toda exactitud un cuaderno cada semana de la importante obra que con el título *La Estafeta de palacio, historia del último reinado*, se está publicando en esta córte. Hemos leído con gusto hasta el octavo cuadernito, en cuyas páginas campean el delicado aticismo, la fina sátira, que brotan siempre de la privilegiada pluma de su autor D. Ildefonso A. Bermejo.

Los acontecimientos presentes y los anteriores á la revolucion de Setiembre, están descritos en dicho libro con religiosa imparcialidad, y estamos seguros de que si las entregas que sigan publicándose igualan en interes á las que hasta ahora hemos leído con ávida curiosidad, y si no decae el lenguaje en estas usado por el autor, será *La Estafeta de palacio* uno de los más clásicos productos del ingenio en la época presente.

Recomendamos á nuestros favorecedores la lectura de tan importante obra.

Quando un periódico político dice que se le ha perdido un número en correos, el director de comunicaciones se apresura á enviar una cartita diciendo que se corregirá la falta, etc. etc. Nosotros hemos denunciado que se nos pierden muchos números y tomos enteros de *Los Niños*, y ni siquiera se nos ha dicho en una atenta carta que tengamos paciencia, ó cosa por el estilo.

¿Para qué? Aquí no se atiende más que á los políticos; los demas no merecemos ninguna clase de consideraciones. Verdaderamente, en este país ya no hay más que una profesion lucrativa, la de politiquillo, y cuanto más atrevido é ignorante, mejor.

A *La Iberia* le escriben que los carlistas se mueven. Pero hombre, ¿á qué tiempos hemos llegado que se quiere que los carlistas estén inmóviles como figuras de cera?

Los higienistas recomiendan el ejercicio y el movimiento, y ningun autor exceptua de esta regla á los carlistas.

Digo, me parece á mí.

La Epoca publica un brindis improvisado por el vicecónsul de España en Berlin con motivo de una fiesta oficial en la embajada.

El *vate* vicecónsul, se expresó así:

Esta copa de Champaña libaremos (1) ante todo, empinando mucho el codo (2) á la ventura de España, pues bien merece una caña (3).

Mas tambien es mi deseo y el de todos, segun creo (4), que brindemos igualmente á que dure felizmente el reinado de Amadeo (5).

Se ha repartido el número 10 (de este año) de *Los Niños*, que contiene lo siguiente:—*Abril*, por Pascual.—*La Cruz*, por Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—*Viñeta*.—*La Tercera palabra*, por Arnao (con una gran lámina que representa á Cristo Crucificado y María y San Juan al pié de la Cruz).—*La Palma bendita*, por Frontaura.—*Una leccion de Astronomia física en alta mar* (conclusion), por D. Félix Ubillos.—*Las Niñas hacendosas* (viñeta de Padró),—*La Guerra infantil* (continuacion).—*El Secreto*, (viñeta de Padró).

El clero de Leon no cobra hace diez y nueve meses. ¡Y se quiere que jure la Constitucion, y ame la revolucion, y aplauda á la situacion, y dé pruebas de adhesion, y sumision y admiracion!

Dicen que Ros de Olano vá á ser nombrado jefe de no sé qué en palacio.

¿Qué dirá Doña Isabel cuando lo sepa?...

Por hablar contra el Sr. D. Victor Manuel, rey italiano, ha sido condenado un redactor de *La Esperanza* á tres años y siete meses de destierro, 4.000 reales de multa y las costas.

¡Zape!

¡Anda! ¡Anda! No se habrá puesto poco hueco al saberlo aquel señor rey.

Ya se ha publicado el segundo cuaderno de las *Semblanzas contemporáneas*, que escribe el Sr. Castelar. Contiene las de Thiers y Dumas con el retrato de éste en acero. El primer cuaderno contiene las de Bismark y Julio Favre.

Cada cuaderno se vende á 10 reales en nuestra administracion.

Es obra que en América, donde se publica, obtiene gran éxito.

Todos los templos han estado muy concurridos en la pasada Semana Santa, y con su asistencia á las funciones de la Iglesia y con las muchas limosnas depositadas en las mesas de petitorio, ha demostrado el pueblo de Madrid sus sentimientos católicos, y por consiguiente generosos y caritativos.

Lo que no nos ha parecido muy católico es el paseito el viérnes Santo por la Carrera de San Jerónimo, donde las apreturas eran grandes y mucha la bromita.

En semejantes dias no debia haber tanto lujo y tan estrecho paseo.

Estando el viérnes Santo un sacerdote predicando el sermón de Soledad en una de las mas cétricas iglesias de esta córte, un ciudadano gritó: ¡muera los carlistas!

Se conoce que el hombre habia comido fuerte á pesar de ser dia de vigilia.

Se ha hecho otro cambio de gobernadores. Las provincias deben estar ya cansadas de este sistema de cambiar gobernadores cada lunes y cada martes. Así está la administracion.

SOLUCION DE LAS CHARADITAS DE LOS DOS NÚMEROS ANTERIORES.

Barbaroja es la primera y *Escalambre* la segunda, y no le digas á nadie que las acertó

Una viuda.

- (1) Qué bonito!
- (2) ¡Qué frase tan distinguida y diplomática!
- (3) ¡Conque España merece una caña? Y Vd., ¿qué merece? Por lo pronto la cesantía.
- (4) ¡Como Vd. guste!
- (5) ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bomba! ¡Que se repita!

CHARADITA.

La primera con la cuarta en los pueblos la veras, que son seres racionales, y algunos más que Brijan saben, y otros á un descuido una coz te pueden dar; segunda y terciá, ó la terciá y la segunda, es igual, es mujer impertinente ó que es fea por demas; segunda y cuarta produce consternacion general, y con terciá y cuarta, es claro, lo mismo sucederá; segunda y prima un barbero hace con habilidad, y el todo es cosa que puede librarnos de mucho mal. Con estas señas bien pronto la charada acertarás.

ANUNCIOS

PORVENIR DE LAS FAMILIAS.

Se compran sus Pólizas, Tutelar, Caja U. de Capitales, Cédulas de La Nacional, Crédito Comercial, y otros valores. Montera, 32, tabaquería de C. Gonzalez, Provincias mandarán sello. —14

LOS NIÑOS

REVISTA DE INSTRUCCION Y RECREO

DIRIGIDA POR

Don Carlos Frontaura

Se han publicado dos tomos, y se está publicando el 3.º En los dos tomos publicados aparecen las firmas de los hombres mas eminentes de España.

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

Precios: en Madrid 12 reales trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

A todo el que se suscriba, se le regalará el ALMANAQUE DE LOS NIÑOS para 1871.

Administracion en Madrid, Plaza de Celenque 1, Librería. Las suscripciones de provincia pueden dirigirse con su importe en libranza ó sellos á D. C. Frontaura, Huertas 40, principal.

PASTILLAS INFALIBLES

Para curar radicalmente las tercianas y cuartanas, por rebeides que sean.

La esperiencia de muchos años, la prontitud en recuperar el apetito, buen color y completa salud el enfermo, es la mejor garantía para tan prodigioso medicamento.

Se vende en Madrid al precio de 30 rs. dosis en las boticas de D. José Moreno, calle Mayor, núm. 93; Postigo de San Martin núm. 23; y por mayor con gran descuento Don Manuel Martinez, calle de Silva núm. 3, tienda. (3)

PRÉSTAMOS Y COMPRAS.

Dinero sobre buenas casas en Madrid. Tambien se compran tierras de labor en la provincia y se compran censos. Los interesados pueden pasar de una á tres, calle de la Abada 15 segundo izquierda.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU, remedio seguro para todos los que padecen de

TOS catarrros, ronqueras y demás afecciones de pecho agudas y crónicas, facilitando siempre la expectoracion. **TOS**

Es el medicamento mas cómodo, agradable y de resultados tan eficaces, que á las primeras pastillas el enfermo siente ya un gran alivio.

Se vende en Barcelona, Farmacia del Dr. Andreu, Bajada de la cárcel, 6.—Madrid, Dr. Simon, Caballero de Gracia.—Sevilla, Botica de Lopez Blesa, Plaza de la Encarnacion.—Valencia, Dr. Aliño, plaza de Calatrava.—Zaragoza, doctor Miret, calle de las Danzas.—Valladolid, Farmacia de Huerta.—Pamplona, doctor Colmenares.—Santiago, M. Blanco Navarrete.—Logroño, D. Zardoya y Mahon, Dr. Treixidor.—Farmacia de Ubon, Ciudad-Real.—Farmacia de Bellido, Alicante.

ADVERTENCIA. Los enfermos de tisis que se hallen ya en el último periodo de su enfermedad, hallarán solo en nuestra pasta pectoral un notable alivio en los accesos violentos de tos, sin detener no obstante el curso de una enfermedad tan terrible, cuya curacion desconoce completamente la ciencia hasta el dia. Dr. Andreu. (19)

BUENA OBRA.

Sin más retribucion que la casa y manutencion, desea una señora desempeñar algun cargo decente. Montera, 32, tabaquería, informarán.

LIBROS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA ADMINISTRACION DE **EL CASCABEL.**

LA FONTANA DE ORO, novela preciosa elogiada por toda la prensa, original de D. Benito Perez Galdos. Un tomo de 410 páginas 12 rs. y 12 1/2 para provincias.

VIAJE CÓMICO Á LA EXPOSICION DE PARÍS, por D. C. Frontaura. Un tomo de 500 páginas, con láminas, 4 rs. en Madrid, 6 para provincias.

LAS TIENDAS, diálogos humorísticos por D. C. Frontaura. Un tomo de 500 páginas, 4 rs. en Madrid y 6 para provincias.

ROMANCES POPULARES, por D. C. Frontaura. Un tomo 4 rs. en Madrid y 5 para provincias.

JULIO FAVRE Y EL CONDE DE BISMARCK, por D. E. Castelar. Un folleto con un retrato en acero, 10 rs.

EL CABALLO BLANCO, estudio de costumbres teatrales, por D. C. Frontaura, 4 rs. en Madrid y provincias.

HISTORIAS TRISTES, por D. C. Frontaura, 2 rs. en Madrid y 5 en provincias.

De las obras de D. C. Frontaura tituladas, CARICATURAS Y RETRATOS, COSAS DE MADRID Y GALERIA DE MATRIMONIOS, quedan poquissimos ejemplares y se va á proceder á su reimpression. Precio de cada una 8 rs. en Madrid 10 y en provincias.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, FUNDICION Y ESTEROTIPIA DE D. JUAN AGUADO, CALLE DEL CID, 4. (RECOLETOS.)